

PROMÉTEME UNA COSA MÁS

Los filósofos no han hecho más que interpretar de diversos modos el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo.

Karl Marx: *Tesis sobre Feuerbach.*

Mi reloj digital marcaba las 19:17 cuando lo miré por última vez antes de salir a toda prisa del despacho. No había sido un día fácil en la oficina ese 25 de octubre. Si no me equivoco al hacer los cálculos, tan solo llevaba dos semanas en mi nuevo trabajo, ¿o debería decir primero? Esa fue la pequeña discusión que mantuve mentalmente para distraer mi atención de la sensación **agridulce** que me dejaba la jornada. Por un lado, estaba satisfecho, pues mi jefe me había felicitado después de conseguir la firma de un importante contrato. Pero, por otro, se me estaba haciendo bastante difícil adaptarme al ritmo del banco. A lo mejor estaba llevándome demasiadas sorpresas desagradables para tratarse de mi primera experiencia profesional. Al salir de la universidad no tenía ni idea de que pudiera llegar a sentirme así. Pero, ¿acaso no había estado deseando encontrar un lugar en el que poner en práctica de una vez por todos mis conocimientos sobre economía? ¿No había estado buscando una profesión que me diera la posibilidad de sentirme útil para los demás? ¿Es que no había sido el hombre más feliz del mundo cuando me la ofrecieron? Sí, dos semanas antes. En ese momento todo era distinto...

Sin embargo, no tenía ningún sentido seguir dándole vueltas a algo que tampoco tenía muy claro. Debía detenerme a poner en orden mis pensamientos, desde luego, pero más tarde. Entonces lo más importante era la salud de mi abuela, que había empeorado en las últimas horas de un modo preocupante, según pude percibir diez minutos antes a través del teléfono en la angustiada voz de mi madre. ¿Sería aquella la última oportunidad que tuviera para estar junto a ella? No, se recuperará, me respondí al tiempo que encendía la radio del coche para distraerme en el largo camino hacia el hospital, que se encontraba en el otro extremo de la **ciudad**.

Tampoco era fácil en aquellos tiempos ponerse a escuchar la radio y salvar la inseguridad que infundían las noticias. Paro, corrupción, desahucios... "¿Qué tipo de país es este?", era la pregunta que lanzaba con furia hacia el micrófono de la emisora uno de los

miles de jóvenes que participaban en una manifestación contra las políticas del Gobierno. "Van a acabar con nuestro futuro", decía otra con el mismo tono, lleno de una rabia e impotencia conmovedoras.

Pero, si te soy sincero, tampoco me preocupaba en exceso por la complicada situación que estaban viviendo muchos españoles por aquel entonces. No solo eran jóvenes. Hombres y mujeres de todas las edades salían a la calle día sí y día también intentando llamar la atención de unos políticos que parecían no representarnos. Ajenos a los verdaderos problemas de la ciudadanía, apáticos a la hora de enfrentarse a ellos o sin el poder suficiente, cada uno por un motivo o por una mezcla de los tres, estaban perdiendo a un ritmo fulgurante la confianza que un día había depositado en ellos la sociedad introduciendo su voto en las urnas, una confianza que quizás no recuperarían nunca si seguían actuando de la misma manera. Pero, como te digo, no me importaban demasiado este tipo de cosas. Mis preocupaciones eran otras.

Guiado por un innato sentido de la responsabilidad, había cumplido con el que se supone que es el deber de cualquier joven: estudiar y hacer los méritos suficientes como para disfrutar de una vida desahogada y cómoda, destino que cualquier padre desea para su hijo desde el momento de su nacimiento. Con ello en mente pasé, primero, por el colegio, luego por el instituto y, finalmente, por la universidad. Nadie se metió conmigo ni yo me metí con nadie. Simplemente, me limité a cumplir con mi deber. Nada más. Lo único que deseaba era que mi esfuerzo se viera recompensado con las mejores notas que fuese capaz de obtener. No pedía nada más para ser feliz.

Con eso me contentaba y con esa actitud había llegado hasta allí, ese justo momento en que podía escuchar la radio con total despreocupación mientras conducía el coche en el que me desplazaba todos los días desde un piso de las afueras hasta la oficina de la acababa de salir. ¿Qué más podía pedir? Y, ¿qué sentido tenían las dudas que gravitaban de manera pesimista en mi conciencia?

Tratando de evitar una mayor confusión, a mitad de camino cambié de emisora, dando paso a una melodía familiar que fue inundando poco a poco el interior del coche de recuerdos de mi infancia. Era la voz de Serrat entonando los versos de Miguel Hernández en

"Para la libertad", la canción que tantas veces había oído en casa de mis abuelos al visitarlos. "Es una de las cosas más bonitas que se han escrito nunca", había repetido una y otra vez mi abuela.

Ella se llamaba Anna. Para comprender realmente bien qué tipo de persona era esta mujer tan especial, posiblemente sea necesario conocer todos y cada uno de los detalles de su vida, aunque con algunos de los más importantes seguramente puedas hacerte una idea. Para empezar, mi abuela nació en 1936 en Rusia, o en la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, como ella prefería decir pronunciando con orgullo cada una de estas palabras. Sí, mi abuela era comunista. No tuvo elección. Venida al mundo en plena dictadura de Stalin, en el colegio fue educada en la ideología socialista. A mis bisabuelos no les importó. Lo único que querían era vivir tranquilos, sin que nadie les molestara y que su hija tuviera la posibilidad de estudiar. Por ello colaboraron en todo momento con sus maestros a la hora • de inculcarle los valores que desde el Gobierno ordenaban transmitir a los jóvenes rusos: esfuerzo, sacrificio, solidaridad... El Estado necesitaba hombres y mujeres así, que estuviesen dispuestos a dar la vida por unas ideas y por un país. No tengo nada en contra: seguramente mi abuela no hubiera llegado tan lejos si no hubiera sido por esos valores.

Con un espíritu de superación estajanovista, consiguió abandonar el koljós en que había crecido y marcharse a Moscú para estudiar en la universidad, de donde salió unos cuantos años después tras doctorarse en Filosofía con una tesis sobre Marx. Su relación con las ideas del pensador alemán iban más allá de un simple convencimiento. Era una especie de **idolatría**, más bien. Vibraba de pasión cada vez que leía El Capital, sintiendo como suyas todas y cada una de las palabras de la obra culmen del pensamiento marxista, como si de un libro sagrado se tratase. Por cierto, me llamo Carlos, si no me he presentado antes, precisamente por este motivo, y es que mi abuela se puso muy pesada para que recibiera el nombre del padre del comunismo. Continuando con la historia que te contaba, fue entonces, recién doctorada, cuando conoció a Ernesto, mi abuelo.

El sí era español, y comunista convencido, como mi abuela. Por eso había dejado España y huido de la dictadura franquista para llegar a la URSS en busca de la realización de la **utopía** con que soñaba. ¿Qué vio ella en él y él en ella? Nadie salvo ellos mismos lo sabían. Debió ser un flechazo, un capricho del destino o alguna especie de fuerza

sobrenatural lo que les llevó a estar juntos, desde luego, me decía mientras detenía el coche en el aparcamiento del hospital. De otro modo no se hubieran atrevido a salir del país con su hija una vez instaurada la democracia en España, ni mucho menos a permanecer uno al lado del otro hasta el día de su muerte, sin dejar que la pérdida de la pasión arrastrara con ella al amor verdadero que compartieron desde el primer al último instante de su relación. Lo sé por las lágrimas que derramó mi abuela en el entierro de su marido. A pesar de repetirse una y otra vez que no había de qué lamentarse, ya que la muerte es un hecho inevitable que estamos forzados a aceptar, confesó no haber llorado tanto desde la muerte del "camarada" Stalin.

Sin duda alguna, fue un duro golpe para ella quedarse viuda cuando estaba a punto de jubilarse tras más de treinta años dando clases de Filosofía. Dispuesta a disfrutar con su marido de una vida al fin tranquila, ese infarto la pilló por sorpresa, como a todos. ¿Quién podría haber aventurado que un hombre con una vida tan saludable como mi abuelo iba a morir de esa forma? Nadie. Ni siquiera su corazón de atleta, que no pudo resistir esa última prueba, se lo esperaba.

No obstante, mi abuela se mantuvo tan fuerte y firme en sus convicciones como siempre. Incluso puede que ese hecho las reforzara. Si la -caída del Muro de Berlín no había podido con ella, tampoco iba a poder la muerte de su marido. Y así, a pesar de todas las dificultades que la vida le planteó, se había mantenido ella fiel a sí misma y a sus sólidas ideas, al menos hasta ese día. ¿Por qué había insistido tanto en que viniera?, me preguntaba mientras me acercaba al mostrador de la entrada. Daba lo mismo. Lo que más me importaba en ese momento era acompañarla con mi presencia en las que imaginaba iban a ser las últimas horas de su vida.

-Buenos días. ¿Podría decirme, si es tan amable, en qué habitación se encuentra Anna Lentrotskova? -me dirigí a la señora que estaba sentada tras el mostrador haciendo una gestión en su ordenador.

-¿Lentro qué? -intentó repetir ella, abrumada por la perfecta pronunciación en ruso del apellido que mi abuela me había hecho repetir decenas de veces intentando que aprendiera algo de su lengua.

-Lentrotskova. L-e-n-t-r-o-t-s-k-o-v-a -repetí cuidadosamente letra por letra.

-Ah, sí. Tercera planta, habitación 101 -respondió una vez había encontrado en la pantalla del ordenador el nombre de mi abuela.

Siguiendo sus indicaciones, me dirigí hacia el ascensor para llegar al lugar señalado. "Tranquilo, estará bien", me dije de nuevo después de pulsar el botón de la tercera planta. Aunque sabía perfectamente que era casi imposible, me resignaba a perder la esperanza de verla recuperada. Aún no sé exactamente por qué me empeñaba en creer en esa posibilidad. La verdad es que yo era una persona bastante realista. Prefería vivir así. Sin embargo, en ese momento sabía que serlo era un suicidio, así que puesto a elegir entre la incertidumbre de la posibilidad y la seguridad de la nada, decidí quedarme con la primera de las dos únicas opciones que tenía.

No tardé mucho en encontrar la habitación 101, pues nada más salir del ascensor vi a mi madre delante de la puerta hablando con un médico. Estaba destrozada. Húmedos aún debido a unas lágrimas recientes, sus ojos verdes eran el reflejo del alma ansiosa e inquieta que sabe que nada puede hacer por evitar la tragedia. Debo admitir que verla así me impactó mucho, pero no lo suficiente como para cambiar mis débiles expectativas por el vacío absoluto de la terrible certeza que parecía experimentar ella. El doctor se fue antes de que llegara a su altura, con la experiencia del que sabe cuándo dejar solos a una madre con su hijo para que compartan sus preocupaciones.

-¿Qué tal está? -pregunté con una voz suave para no alterar aún más sus emociones.

-Ay... -contestó ella con un profundo suspiro que me dijo todo lo que necesitaba saber para confirmar mis temores y dejarme al borde de esa nada de la que había intentado alejarme desde que salí de la oficina. -Ella... ella quiere hablar contigo. Yo necesito descansar un poco -fueron las únicas palabras que logró articular antes de darse la vuelta en dirección al ascensor.

Compungido, sin saber si iba a tener las fuerzas suficientes para mantener con mi abuela la que seguramente fuera la última conversación que pudiera tener con ella, abrí la puerta de la habitación 101 y entré una vez creí haber reunido el coraje suficiente para hacerlo. Y allí estaba ella, dormida en la cama que situada frente a mí. Intentando no quebrantar la calma que reinaba en la estancia, me acerqué sigilosamente hasta su lado. Con

su característico color rosado en las mejillas más destacado que de costumbre por una palidez preocupante, aun dormido su cuerpo daba señas de estar agotado. Comparando esa imagen con las que desde tiempo atrás conservaba en mi memoria, comprendí la angustia de mi madre. El intenso fuego que siempre había sido mi abuela se estaba apagando poco a poco y el rostro del médico me había revelado que nada se podía hacer ya para volver a avivarlo. No podía salir de mi asombro. La mujer más fuerte que había conocido nunca estaba dejándose vencer por una enfermedad. Sí, después de todo lo que había luchado al defender sus ideales, estaba a punto de perder la batalla definitiva. Consternado, hice un esfuerzo por deshacer el nudo que mientras tanto se había formado en mi garganta para hablar por última vez con ella.

-Abuela, ¿me oyes? -dije para despertarla con el tono de voz más dulce que pude poner.

-¿Carlos? Carlos, ¿eres tú? -quiso reconocermela ella entreabriendo los que antaño habían sido unos hechizantes ojos color zafiro por lo que había podido ver en las fotos en blanco y negro que registraban lo que fue su juventud.

-Sí, soy yo, abuela, soy Carlos, tu nieto. ¿Cómo estás?

-Sí, eres tú. Al final has venido. Por una vez has tenido tiempo para ver a tu abuela -me reprochó con su inconfundible acento oriental después de varias semanas sin poder vernos debido a lo ocupado que había estado últimamente.

-Lo siento, no he podido venir antes. ¿Cómo te encuentras?

-No sé, hijo. Me gustaría decir que estupendamente, como siempre, pero esta vez me da la impresión de que hay algo que no va bien -admitió con la melancolía del que siente en su piel el frío hálito de la muerte.

-Bueno, no te preocupes. Es cuestión de tiempo que te pongas bien -intenté consolarla con lo que sabía que era una mentira.

-Ojalá tengas razón, Carlos, ojalá -contestó con un triste suspiro que me heló el corazón.

-Por cierto, abuela, ¿por qué has insistido tanto en que viniera? -seguí con la

intención de distraernos y aliviar así el dolor de ambos.

-Ah, sí. Es cierto. Quería decirte algo -recordó haciendo un enorme esfuerzo para abrir de nuevo sus párpados cansados.

-Dime, soy todo oídos.

-Verás, quería decirte dos cosas -continuó una vez había conseguido volver en sí.

-Adelante.

-La primera, que estoy muy orgullosa de ti. Aunque siempre fuiste un niño muy travieso y algo perezoso, siempre estuve segura de que ibas a llegar muy lejos. Y así ha sido: el niño se ha hecho mayor y ha conseguido todo lo que ha querido.

-Por favor, no te pongas así, abuela. Vas a hacerme llorar... -reconocí con sinceridad y con los ojos más húmedos de lo que le gustaría reconocer al tipo duro que me considero.

-No te preocupes, voy a ser breve -me tranquilizó después de **sonreír** cariñosamente, impregnando de ternura el ambiente que nos rodeaba. -La otra cosa que quería decirte no es tan triste. Más bien, siempre he creído que puede llegar a ser apasionante. La última cosa que quiero de ti es que cambies el mundo -terminó con una naturalidad que no se correspondía con las palabras que acababa de pronunciar.

-¿Cambiar el mundo? ¿A qué te refieres, abuela? -inquirí pasando rápidamente de un estado de amarga nostalgia a otro de confusa sorpresa.

-A eso, a cambiarlo -insistió con parsimonia sin aclarar realmente nada.

-Pero, ¿en qué sentido?

-En el sentido de que hay gente a la que debes ayudar, Carlos. Miles de personas en este país están sufriendo y pagando por todas las cosas que otros han hecho mal. Es lo único que he podido ver últimamente en televisión: corrupción, codicia, mentiras, promesas incumplidas... Y, frente a eso que en la URSS llamábamos injusticia, ¿sabes cómo reaccionamos?

-¿Cómo, abuela?

-Pues muy fácil. Simplemente, no reaccionamos, o si lo hacemos es con los mismos

gritos de rabia e impotencia de siempre. Esto no puede seguir así, Carlos. Tienes que cambiarlo.

-Pero, ¿por qué yo? -demandé indignado al verme obligado a ser partícipe del dolor ajeno.

-Porque tú eres joven y las tienes todas contigo para conseguirlo. Después de lo que te has esforzado para lograr todo lo que te has propuesto, ¿quién puede decirte ahora que no vas a ser capaz de ir más allá? ¿Qué excusa puede encontrar alguien para no tomarte en serio?

-Vamos, no nos engañemos. ¿Qué va a conseguir una única persona? Es muy difícil cambiar las cosas cuando estás solo -aduje para excusarme de la magna tarea que mi abuela me encomendaba.

-Te equivocas, Carlos. Mucha más gente de la que crees está deseando cambiarlas.

-Entonces, ¿por qué no lo están intentando ya ellos? Además, si vivo bien, ¿por qué tengo que ser yo el que solucione los problemas de los demás?

-Por solidaridad. Date cuenta de que no todo el mundo ha tenido tanta suerte como tú, la suerte de encontrar trabajo nada más salir de la universidad, la suerte de ir a la oficina en tu propio coche todos los días, la suerte de dormir bajo un techo que te proteja del frío del invierno...

-Por favor, no me digas eso, abuela. Me estás haciendo sentir culpable a mí también.

-No te estoy echando las culpas. Estoy diciendo la verdad. Las personas estamos diseñadas para vivir en común. Forma parte de nuestra naturaleza. Aislados estamos condenados a una muerte segura o, como poco, a perder nuestra esencia. Si no somos solidarios, ¿qué sentido tiene seguir llamándonos humanos?

-Vale, de acuerdo. Te haré caso -me rendí ante la agotadora insistencia de la que siempre hacía gala mi abuela a la hora de discutir y que conservaba a pesar de la enfermedad.

-Así que, ¿me estás pidiendo otra Revolución bolchevique?

-No, ni te pido otra Revolución bolchevique, ni que seas el nuevo Lenin. Ni tan

siquiera nada que tenga que ver con él comunismo. Lo único que quiero es que despiertes del sueño que este malvado sistema trata de inducirnos a todos y que luches, que luches con todas tus fuerzas para vivir en una sociedad justa, libre e igualitaria. Nada más.

-¿Y cómo voy a lograrlo?

-Con la palabra, Carlos, con la palabra y las obras. No hay otro camino que no sean la palabra y la obras. Si con ellos hemos transformado el mundo miles de veces a lo largo de nuestra historia, ¿por qué no vamos a poder usarlos una vez más para cambiarla? Por eso, acércate a los demás y háblales. Habla con ellos para saber cuáles son sus problemas, qué piensan, qué sienten. Habla con ellos para convencerles de que juntos podéis conseguir cualquier cosa. Pero, sobre todo, háblales **entusiasmado**, creyendo plenamente en todo lo que digas. Que los demás perciban en tu voz una pasión que se les contagie. Y entonces, una vez que sientas lo mismo que los demás, muévete y ayúdales. Sé, ante todo, solidario y no dejes a nadie a su suerte. Debes amarles como a ti mismo y hacer por ellos lo que te gustaría que hiciesen por ti.

-Está bien, abuela. Lo haré como tú quieras -cedí después de haber escuchado esas inspiradoras palabras, capaces de movilizar a un ejército entero.

-Carlos, prométeme una cosa más -continuó tras recuperarse de un inesperado ataque de tos.

-¿El qué abuela?

-Prométeme que no vas a olvidarte de esto, de que no debes limitarte a comprender los problemas de los demás. Ve siempre más allá: haz lo imposible por solucionarlos. No lo olvides, Carlos: no se trata de interpretar el mundo, sino de transformarlo. ¿De acuerdo?

-De acuerdo, abuela, no lo olvidaré -me apresuré a confirmar tomando con fuerza su mano al darme cuenta de que el final había llegado

-Así me gusta -concluyó satisfecha. -Carlos...

-¿Qué?

-Hasta la victoria siempre.

-Hasta la victoria siempre, abuela -le prometí... y se fue. Mi abuela me dejó apenas terminé la frase y mientras las primeras lágrimas empezaban a correr por mis mejillas, una vez había escuchado mi voz diciendo lo que necesitaba oír para quedarse en paz. Por eso, por haber recibido de una de las personas a las que más había querido la seguridad de que alguien iba a continuar con su lucha por un mundo mejor, estoy convencido de que murió muy feliz. Creo que esa fue la mejor manera de agradecerle todo lo que había hecho por mí. A decir verdad, mi abuela cambió mi vida y estoy seguro de que no sería la misma persona si no la hubiese conocido y sin haber vivido esos últimos instantes junto a ella. Sin embargo, aún tengo que cumplir mi palabra. El mundo es infinito y, claro, nunca estás reunido de suficientes personas para cambiar algo tan grande. No obstante, nunca es tarde para cumplir promesas como esta. Así que termino con una última pregunta: ¿me ayudas a cumplirla?

Si el presente es de lucha, el futuro es nuestro.

Ernesto "Che" Guevara

“León Engels”

Manuel Vicente Montesinos Calvo-Fernández

Categoría D. Narrativa.